

EDITORIAL

Con lamentable frecuencia aparecen emergiendo sobre la ciudad, unos llamados con cierto eufemismo "edificios-singulares" justificados precariamente por especiales circunstancias, aunque en el fondo sean el resultado de presiones, económicas y especulativas y hasta a veces el puro snobismo al copiar los errores de las grandes urbes modernas.

Madrid, antigua Villa y Corte, al transformarse de ciudad cortesana y administrativa en ciudad industrial y de los grandes negocios, también ha sufrido en su propia carne estos atentados, que unas veces rompen bellas y bien logradas unidades espaciales, como en la Plaza de Colón y en otras truncan bellas perspectivas matritenses de Carlos III, cómo en el caso de la castiza Puerta de Alcalá.

Otras veces es el paisaje natural de su entorno, amenazado por nuevas industrias siderometalúrgicas, como la programada cerca de Villalba, atentando al pulmón de la Sierra, fondo natural de Madrid.

Muchos más ejemplos podrían señalarse, pero como a los arquitectos vendrá a caer en definitiva la responsabilidad y la crítica más o menos dura de una sociedad, hasta ahora poco sensible, es justo señalar que si la silueta matritense ha sido dañada, al igual que en otras capitales europeas, Londres, París, Milán, etcétera, esta responsabilidad deben compartirla los que han contribuido a su edificación, unas veces por acción y otras por omisión, organismos que han autorizado las obras, propietarios más vinculados al logro económico que al bien común y, en definitiva, una sociedad a la que el arquitecto sirve con sus propias limitaciones.

Sirva esta voz de alerta, para salvar tantas bellezas naturales que se nos van de la mano y para que a los nobles y viejos edificios que son historia de una ciudad no los sustituyan o perturben modernos "edificios singulares", logrando que esta sensibilidad que se ha hecho ya sentir en otras ciudades europeas, sea imitada en nuestra Villa y Corte, evitando daños irreparables, que han de sufrir las generaciones venideras.